

Cardenal Lavigerie, por L. BONNAT.

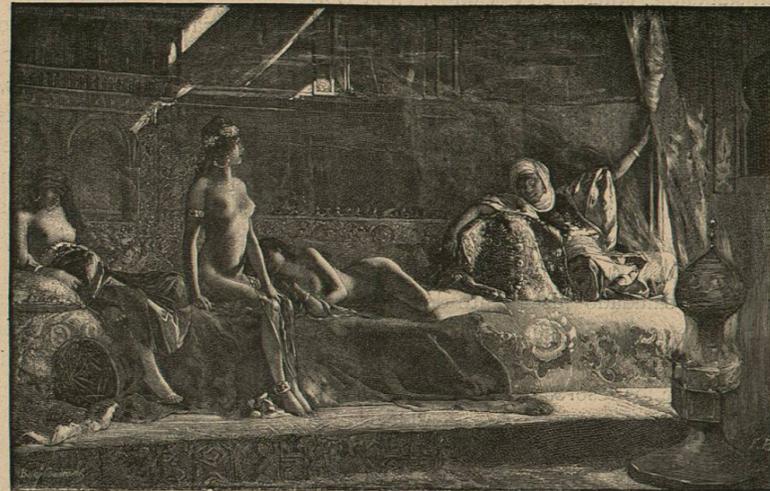
mador y se limita á sustituir un estilo clásico, fluido y amanerado con otro estilo clásico, rígido y frío. La influencia que ejerce es deplorable; pero, cosa extraña, no deja nada verdaderamente bello sino retratos y algunos cuadros de asunto moderno.

Después el febril Delacroix, exasperado con el ideal neo-antiguo, tomado de la historia y de la leyenda de los dramas vehementes, los reviste de colores fuertes, produce escándalo, gana terreno y trastorna el arte oficial: á su vez entra en el Instituto con su convención romántica y hace lugar á los realistas. Courbet, incomparable manipulador de empaste, espíritu singular entre dos extremos de grosería y finura, pinta sus *Rompedores de piedras* y aquel *Entierro en Ornans*, donde el dolor humano se revela en un grupo de mujeres que lloran, como acaso no se reveló jamás. La libertad de pintar lo que se ve está casi adquirida: queda conquistar el derecho de pintar como se ve, todo claro en la transparencia de la atmósfera, como los paisajistas han hecho.

Un hombre, sobre todos, ha contribuído al triunfo de la evolución: aludimos á Eduardo Manet. Han podido reirse de sus esfuerzos, pueden discutirse ciertas partes de su obra, pero su grandeza aparece en este punto: si el conjunto de sus cuadros llegara á desaparecer, difícilmente se explicaría el porvenir del movimiento de la pintura de veinte

se limita á sonreír de paso viendo su candor. Sin duda el desnudo es siempre digno de pintarse, porque el desnudo es eterno; pero lo que es digno de pintarse por encima de todo, es la humanidad íntima, tal como la vemos. Un indecible instinto liga al pintor á los episodios de la vida, del taller, de la existencia común. La pasión de la verdad se ha apoderado de nuestros artistas: el público mira y comprende poco á poco.

No temo asentar que nuestras artes entregadas á sí mismas se vuelven naturalmente hacia el lado de la observación. En la hora de las más arrogantes dominaciones académicas aparecen en nuestra escuela Le Nain ó Chardin. La moda los puede desdeñar; ellos custodian con tranquilidad y como sin saberlo lo mejor de las cualidades francesas. Pocos años antes de la revolución, un pintor dotado magníficamente, pero lleno de inconsecuencia, Luis David, se presenta como reformador



Las Chérifas, por BENJAMIN CONSTANT

años á esta parte. Manet ha abierto los ojos de los pintores á las difusas vibraciones de la luz al aire libre; les ha probado que se pueden, sin decadencia, fijar en el lienzo nuestros encuentros familiares; les ha dado, en fin, el más bello ejemplo, que yo sépa, de independencia, de lógica y de perseverancia. Sin ser un razonador, se adhería y ligaba, por la fuerza de su instinto y la rectitud de su espíritu, al racionalismo y al análisis moderno. Su mirada descomponía el color y fijaba su efecto real estableciendo rigurosamente la serie de las relaciones. Ante los asuntos más sencillos se sentía á sus anchas. Un joven y una joven á bordo de una canoa, á la clara luz del sol, en el estanque de Argenteuil; una niña mirando, á través de la verja de un jardín, el tren que pasa; unos enamorados que almuerzan en un patio de *restaurant*...

«La pintura, decía una noche con encantadora palabra, debe seguir las estaciones. Yo no pinto en invierno sino cosas de invierno, ni en verano más que cosas de verano.» Así producía con entera franqueza obras cuyo carácter decisivo sorprendía á veces y hacía reflexionar siempre. Jamás lo turbó ninguna burla, porque reproducía honestamente lo que veía y no procuraba imitar á los demás.

Por eso los más sinceros artistas se agruparon á su alrededor, y lo siguieron, más bien que imitarlo, lo que constituye la gloria de los precursores. Partió joven aún, pero habiendo terminado su tarea, habiendo sembrado el campo francés para mucho tiempo, dejando noble memoria de sí.

Cuando se estudie un día la producción de fines de este siglo, tendrá la crítica elogios para los Bastien Lepage y los Roll, los Gervex y los Duez, pero reconocerá en ellos, como en muchos otros, discípulos de Eduardo Manet, y honrándolos como es justo hará públicamente justicia al que fué escarnecido en vida y que con su ejemplo hizo progresar su arte.

El nombre de Bastien Lepage se ha deslizado de mi pluma, y ya que lo hemos mentado, nos importa hacer mención honorífica de aquel maestro que cayó tan joven y en la eflorescencia del talento. Sus lienzos, donde el estudio del ambiente y la investigación de la impresión se unían á la preocupación del dibujo más estricto, no dejaron de ejercer

una acción saludable. Nacido en el campo, en la Lorena, donde corrieron la mayor parte de sus días, Julio Bastien Lepage no tuvo esa primera educación de preocupaciones plásticas que falsea en las ciudades el espíritu y los ojos de los niños. Por más lejos que recordara, no le ofrecía su memoria más que segadores escalonados en los surcos, vendimiadores recorriendo los viñedos, guadañeros pelando los prados agostados, pastores guareciéndose bajo los árboles de los ardientes rayos del sol del medio día; pastores tirando de frío, en el invierno, bajo su rota capa, buhoneros que atravesaban á buen paso la llanura empapada de lluvia torrencial, lavanderas que llenaban los huertos con su sonora alegría batiendo bravamente el agua azul... He aquí todo lo que quería él pintar, ó mejor dicho, todo lo que pintó.

Lo habíamos saludado justamente desde sus primeros retratos y fué progresando siempre, teniendo en grado eminente el don de la observación fisiológica. Y era sin embargo poeta, poeta de candor, por ese profundo amor de la naturaleza que lo ponía en contemplación ante los tesoros del sol poniente y los blandos rayos de la luna y lo impelía sin cesar hacia los pequeños y los humildes.

¿Cómo no recordar, por lo demás, lo que le oí decir respecto á la educación recibida en la escuela de Bellas Artes? «No he tenido que quejarme de nadie y guardo la más viva gratitud á buen número de personas, que no me debían nada y me dieron mucho. He aprendido mi profesión en París y no quiero olvidarlo, pero realmente no he aprendido en él mi arte. La escuela de Bellas Artes está dirigida por maestros, cuyas buenas cualidades y abnegación no podría desconocer sin injusticia. Pero ¿es culpa mía haber sacado de sus lecciones las únicas dudas que me hayan atormentado? ¡Qué lástima que se os inicie en tradiciones y rutinas á pretexto de amoldaros! ¡Sería tan sencillo enseñaros á servir de los pinceles y de la paleta sin hablaros á diestro y siniestro de Miguel Angel, de Rafael, de Murillo y del Dominiquin!... Se volvería luego al país natal, á Bretaña, á Gascuña, á Lorena ó Normandía, y se haría tranquilamente el retrato de la comarca. Así es como se conseguiría animar el arte con verdadera vida y hacerlo bello y simpático para todo el mundo.»

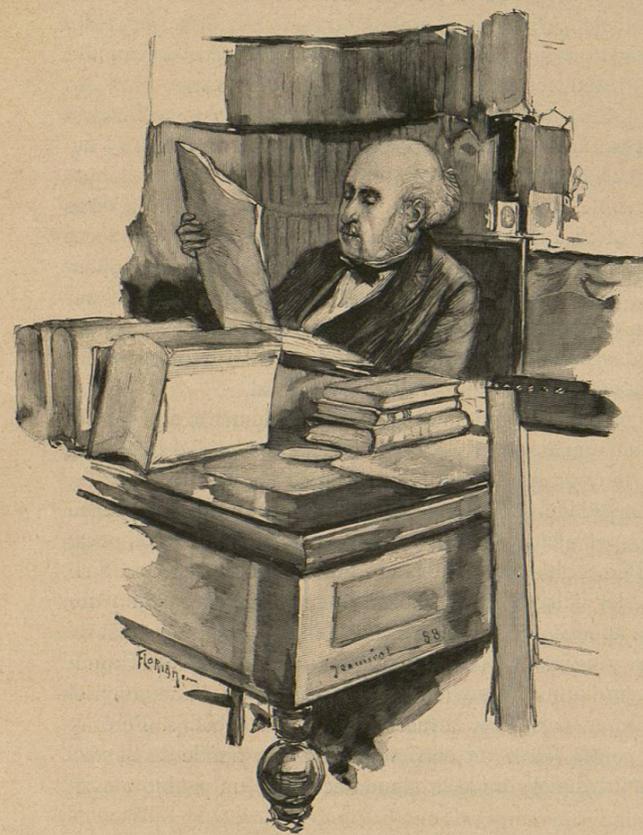
Ello es cierto que se ganaría mucho en seguir semejante programa.

La enseñanza de la escuela oficial tiende á reformar siempre una centralización académica. ¡Ojalá multiplicaran, según el consejo del pintor de Lorena, los artistas que hacen el retrato de su provincia!

Nótese, en efecto, que la convención ha tomado una táctica nueva que la disimula y le procura medios de volvernos á coger. Si nuestro estado democrático se traduce en pintura por el estudio del campesino, del obrero, del pueblo, el academismo no se atreve á protestar, pero reclama, en nombre de la poesía convencional, contra la realidad demasiado severa. Al campesino, al obrero que es menester observar de cerca, opone el pastor, ser vago, reservado, que se inventa á medida del gusto. El pastor sentimental y toda la pastoral abstracta con que se nos regala amenazan como pueden al arte de verdad, sincero y vario, caracterizando los aspectos y las costumbres de cada región. Es la última transformación del idealismo. Denunciémosla como hipócrita y peligrosa. Pero el idealismo artificial arrastrará siempre tras sí y siempre tendrá á su favor á los perezosos que no tienen el valor de mirar de frente la vida y sorprender sus secretos.

L. de FOURCAUD.

EL PROGRESO



Julio Simón, de la Academia francesa

Hácense muchas objeciones y contras á las exposiciones. La principal es su frecuencia. ¿Cómo queréis, se dice, que las artes é industrias de 1889 difieran de las artes é industrias de 1878? Vais pues á presentarnos por mera ceremonia objetos que ya hemos visto, con la única diferencia de darles otro acomodo, arreglo ó colocación.

Pues bien, esta objeción hubiera podido ser plausible hace cien años y hace doscientos habría sido muy fuerte. Hoy no vale nada: el mundo se renueva en diez años. El progreso que marchaba á pasos contados, ha calzado, desde la Revolución, botas de siete leguas. El hombre no ha cambiado mucho, pero lo ha cambiado todo en torno de él.

En primer lugar ha cambiado sus relaciones con el cielo, que hasta aquí no hacía más que entrever; ahora lo ve mucho más de cerca, gracias á la

potencia de los nuevos instrumentos. Hasta temo que lleguemos á visitar la luna; pero estamos en aptitud de describir su topografía. En 1878 teníamos de ella una fotografía aun bastante confusa. El año próximo haremos mucho más: M. Eliseo Reclus se prepara á hacer su descripción, que será el primer apéndice de su *Geografía Universal*.

La tierra era en otro tiempo uno de los cuatro elementos. ¿Qué es un elemento? Trátase ahora de la nomenclatura de los cuerpos simples. Berthelot descubre un cuerpo simple como Janssen descubre un planeta.